

cuando se usaba que todo el mundo trabajara y los hombres se avergonzaban de ser inútiles y flojos; cuando no sólo los ricos, sino hasta los reyes y sus mujeres hacían gala de trabajar algunas ocasiones con sus manos, y finalmente, cuando los hombres usaban gregüescos y empeñaban un bigote en cualquiera suma. ¡Edad de fierro! ¡Siglo de obscuridad y torpeza!

¡Gracias á Dios que á ella se siguió la edad de oro y el siglo ilustrado en que vivimos, en el que no se confunde el noble con el plebeyo, ni el rico con el pobre! Quédense para los últimos los trabajos, las artes, las ciencias, la agricultura y la miseria, que nosotros bastante honramos las ciudades con nuestros coches, galas y libreas.

Si los plebeyos nos cultivan los campos y nos sirven con sus artefactos, bien les compensamos sus tareas, pagándoles sus labores y hechuras como quieren, y derramando á manos llenas nuestras riquezas en el seno de la sociedad en los juegos, bailes, paseos y lujo que nos entretienen.

Para gastar el dinero como yo lo gasto ¿qué ciencia ni trabajo se requiere para adquirirlo como yo lo he adquirido? ¿qué habilidad se necesita sino una poquilla de labia y alguna fortuna? Así es que yo no soy conde, pero me raspo una vida de marqués. Acaso habrá condes y marqueses que no podrán tirar un peso con la fran-

queza que yo, porque les habrá costado mucho trabajo buscarlo, y les costará no menor conservarlo.

No hay duda, el que ha de ser rico y nació para serlo lo ha de ser aunque no trabaje, aunque sea un flojo y una bestia; quizá por eso dice un refrán, que al que Dios le ha de dar, por la gatera le ha de entrar; así como el que nació pobre, aunque sea un Salomón, aunque sea muy hombre de bien y trabaje del día á la noche, jamás tendrá un peso, y aun cuando lo consiga, no le lucirá, se le volverá sal y agua y morirá á obscuras aunque tenga velería.

Tales eran mis alocados discursos cuando me embriagaba con la libertad y la proporción que tenía de entregarme á los placeres, sin advertir que yo no era rico ni el dinero que gastaba era mío, y que, aun en caso de serlo, esta casualidad no me la había proporcionado la Providencia para ensoberbecerme ni ajar á mis semejantes, ni se me habían dado las riquezas para disiparlas en juegos ni excesos, sino para servirme de ellas con moderación y ser útil y benéfico á mis hermanos los pobres.

En nada de esto pensaba yo entonces, antes creía que el que tenía dinero tenía con él un salvoconducto para hacer cuanto quisiera y pudiera impunemente, por malo que fuera, sin tener la más mínima obligación de ser útil á los demás hombres para nada; y este falso y



pernicioso concepto lo formé, no sólo por mis depravadas inclinaciones, sino ayudado del mal ejemplo que me daban algunos ricos disipados, inútiles é inmorales; ejemplo en que, no sólo apoyaba mi vieja holgazanería, sino que me hizo cruel, á pesar de las semillas de sensibilidad que abrigaba mi corazón.

Engreído con el libre manejo que tenía del oro de mi amo; desvanecido con los buenos vestidos, casa y coche que disfrutaba de coca; aturdido con las adulaciones que me prodigaban infinitos aduladores de más que mediana esfera, que á cada paso celebraban mi talento, mi nobleza, mi garbo y mi liberalidad, cuyos elogios pagaba yo bien caros, y lo más pernicioso para mí, engañado con creer que había nacido para rico, para virrey ó cuando menos para conde, miraba á mis iguales con desdén, á mis inferiores con desprecio y á los pobres enfermos, andrajosos y desdichados con asco, y me parece que con un odio criminal, sólo por pobres.

Excusado será decir que yo jamás socorría á un desvalido, cuando les regateaba las palabras, y en algunos casos en que me era indispensable hablar con ellos, salían mis expresiones destiladas por alambique: — *Bien; veremos; otro día; ya; pues; sí; no; vuelva;*—y otros lacónismos semejantes eran los que usaba con ellos la vez que no podía excusarme de contestarles, si no me incomodaba y los trataba con la mayor altanería, poniéndolos

como un suelo, y aun amenazándolos de que los mandaría echar á palos de las escaleras.

Y no penséis que esto lo hacía con los que me pedían limosna, porque á nadie se le permitía entrar á hablarme con este objeto enfadoso; mis orgullos se gastaban con el casero, el sastre, el peluquero, el zapatero, la lavandera y otros infelices artesanos ó sirvientes que justamente demandaban su trabajo; por señas, que al fin tuvo que pagar mi amo más de dos mil pesos de estas drogas que yo le hice contraer, al mismo tiempo que en paseos, meriendas, coliseo y fiestas gastaba con profusión.

No había funcioncita de Santiago, Santa Ana, Ixtacalco, Ixtapalapan y otras á que yo no concurriera con mis amigos y amigas, gastando en ellas el oro con garbo. No había almuercería afamada donde algún día no les hiciera el gasto, ni casamiento, día de santo, cantamisa ó alguna bullita de éstas dónde no fuera convidado, y que no me costara más de lo que pensaba.

En fin, yo era perrito de todas bodas, engañando al pobre chino, según quería, teniendo un corazón de miel para mis aduladores y de acíbar para los pobres. Una vez se arrojó á hablarme al bajar del coche un hombre pobre de ropa, pero al parecer decente en su nacimiento. Me expresó el infeliz estado en que se hallaba: enfermo, sin destino, sin protección, con tres criaturas muy pequeñas



y una pobre mujer también enferma en una cama, á quienes no tenía qué llevarles para comer á aquella hora, siendo las dos de la tarde. — Dios socorra á usted, le dije con mucha sequedad, y él entonces hincándoseme delante en el descanso de la escalera, me dijo con las lágrimas en los ojos: — Señor don Pedro, socórrame usted con una peseta, por Dios, que se muere de hambre mi familia, y yo soy un pobre vergonzante que no tengo ni el arbitrio de pedir de puerta en puerta, y me he determinado á pedirle á usted, confiado en que me socorrerá con esta pequeñez, siquiera porque se lo pido por el alma de mi hermano, el difunto don Manuel Sarmiento, de quien se debe usted de acordar, y si no se acuerda, sepa que le hablo de su padre, el marido de doña Inés de Tagle, que vivió muchos años en la calle del Águila, donde usted nació, y murió en la de Tiburcio, después de haber sido relator de esta Real Audiencia, y... — Basta, le dije; las señas prueban que usted conoció á mi padre, pero no que es mi pariente, porque yo no tengo parientes pobres; vaya usted con Dios.

Diciendo esto, subí la escalera dejándolo con la palabra en la boca, sin socorro y tan exasperado con mi mal acogimiento, que no tuvo más desquite que hartarme á maldiciones, tratándome de cruel, ingrato, soberbio y desconocido. Los criados que oyeron cómo se profería contra mí, por lisonjearme lo echaron á palos, y yo

presenció la escena desde el corredor riéndome á carcajadas.

Comí, y dormí buena siesta, y á la noche fuí á una tertulia donde perdí quince onzas en el monte, y me volví á casa muy sereno y sin la menor pesadumbre; pero no tuve una peseta para socorrer á mi desdichado tío. Me dicen que hay muchos ricos que se manejan hoy como yo entonces; si es cierto, apenas se puede creer.

Así pasé dos ó tres meses, hasta que Dios dijo: basta.

